

los era por medio de apoderados, y los apoderados, (los diputados), se pasaban en seguida y engrosaban las filas de los deudores.

—Pidamos las cosas con sus nombres propios, se dijeron entonces; y pidámoslas por nosotros mismos.

Y apareció la moderna democracia. El pueblo derribó de nuevo la autoridad tradicional y con ella el gobierno representativo. Erigióse en poder, y en seguida que fue gobierno, planteó con franqueza la cuestion que le habia llevado á aquel extremo: planteó la cuestion económica: pidió pan.

Pero la demanda era horrible y no podia satisfacerse: reuniéronse, pues, todos los elementos de reaccion, los históricos, los religiosos, los de gloria patria, (la clase media que tenia ya mucho que perder, el ejército, cuyo jornal está siempre asegurado, y el clero, que veia aniquilarse la sociedad cristiana), y batieron al pueblo, y lo vencieron, y constituyóse otra vez sobre la anarquía filosófica, económica y política el imperio discrecional de la fuerza.

Napoleon III no ha transigido la cuestion, ni la ha discutido siquiera, en los años que lleva de gobierno. Ya hemos dicho que para este hombre el *derecho* es una palabra hueca de sentido. Verdaderamente, el problema no tiene solucion. Pero habia un medio de atajar el mal y hasta adormecerlo, cual era fortificar los intereses morales; espiritualizar, por decirlo así, las costumbres; levantar las almas á aspiraciones mas nobles que el vil dinero; despertar en los corazones metalizados los dormidos gérmenes de la fe en Dios; aumentar la vida del alma; retrotraer, en fin, á las clases menesterosas á su antiguo venturoso estado de paciencia y esperanza, de resignacion y respeto...

Napoleon III ha hecho todo lo contrario. Negando como negaba al pueblo sus derechos políticos, que á lo menos son una cosa digna por lo inmaterial, ha reconocido en él los derechos animales, y perdonadme la expresion aunque os parezca dura.—Napoleon está dando de comer al pueblo hace diez años, como se da de comer á las bestias. El obrero no busca trabajo: se lo da el emperador. El pan no sube para el obrero: cuando sube, los ricos pagan el esceso de precio y el obrero sigue comiéndolo barato. Así trabaja un buey y así se le da el pienso. Este remedio empírico no hace sino aumentar el materialismo grosero de aquella raza embrutecida. Napoleon ha convenido con la vil filosofía de la plebe en que lo esencial de esta vida se reduce á comer bien.

Pero achico la cuestion. El empirismo de que hablo estiende muy mas lejos su influencia,—y aquí vuelvo á recordar el árbol trasplantado y todas las cosas que su vista me trajo á la imaginacion.

Desde el momento que la sociedad ha desconocido las relaciones del cielo con la tierra; desde que ha negado lo que el conde José le Maistre llamaba *gobierno temporal de la Providencia*; desde que la revolucion declaró la mayor edad del hombre, creando una nueva autoridad y un nuevo derecho y desterando de la historia lo sobrenatural, ó sea lo divino; desde que se proclamó, en fin, á la razon, suprema legisladora y *único lugar teológico*, la humanidad quedó como huérfana; consideróse fuera de la patria potestad, esto es, fuera de la

potestad de Dios; empezó á regirse á sí propia; no esperó nada de una accion estraña, y comprendió, por último, que tenia que servirse á sí misma de *Providencia*.

Reinó, pues, en París el *humanismo*.—La altiva ciencia se desvivió desde entonces por prevenirlo, por reglamentarlo, por mejorarlo todo. Los filántropos desecharon la *caridad* como un casuismo injusto, y la sustituyeron con la economía política. Ya no se consoló á los pobres ni á los desgraciados con palabras de amor ni con esperanzas de recompensas celestes, sino que se pensó en estirpar la desventura y acabar con la gran iniquidad llamada pobreza. Hubo quien creyó que las máquinas dulcificarían los rigores del trabajo humano, y dicho sea entre paréntesis, nunca se empleó al hombre en oficios mas rudos y espantosos que los que exigen la construccion y *entretenimiento* de las máquinas.

Entendimientos mas audaces intentaron cambiar completamente la forma social desde sus profundas raices.

Quién pretendió volver el mundo á la vida de la naturaleza, ó sea al estado animal; quién hacer una familia de todos los hombres, con un *Padre* á la cabeza; quién abolir la propiedad particular; quién hacernos á todos ricos propietarios.—¡Entre tanto la filosofía se esforzaba en Alemania por explicar los misterios de la creacion, por razonarlo y armonizarlo todo; la vida, la muerte, la eternidad, lo conocido, lo desconocido, el alma, el universo, Dios!—Y uno dijo que cada hombre era un Dios, y otro que Dios no era sino la humanidad, y otros que todo era Dios y Dios era todo, y algunos que Dios no era nadie...

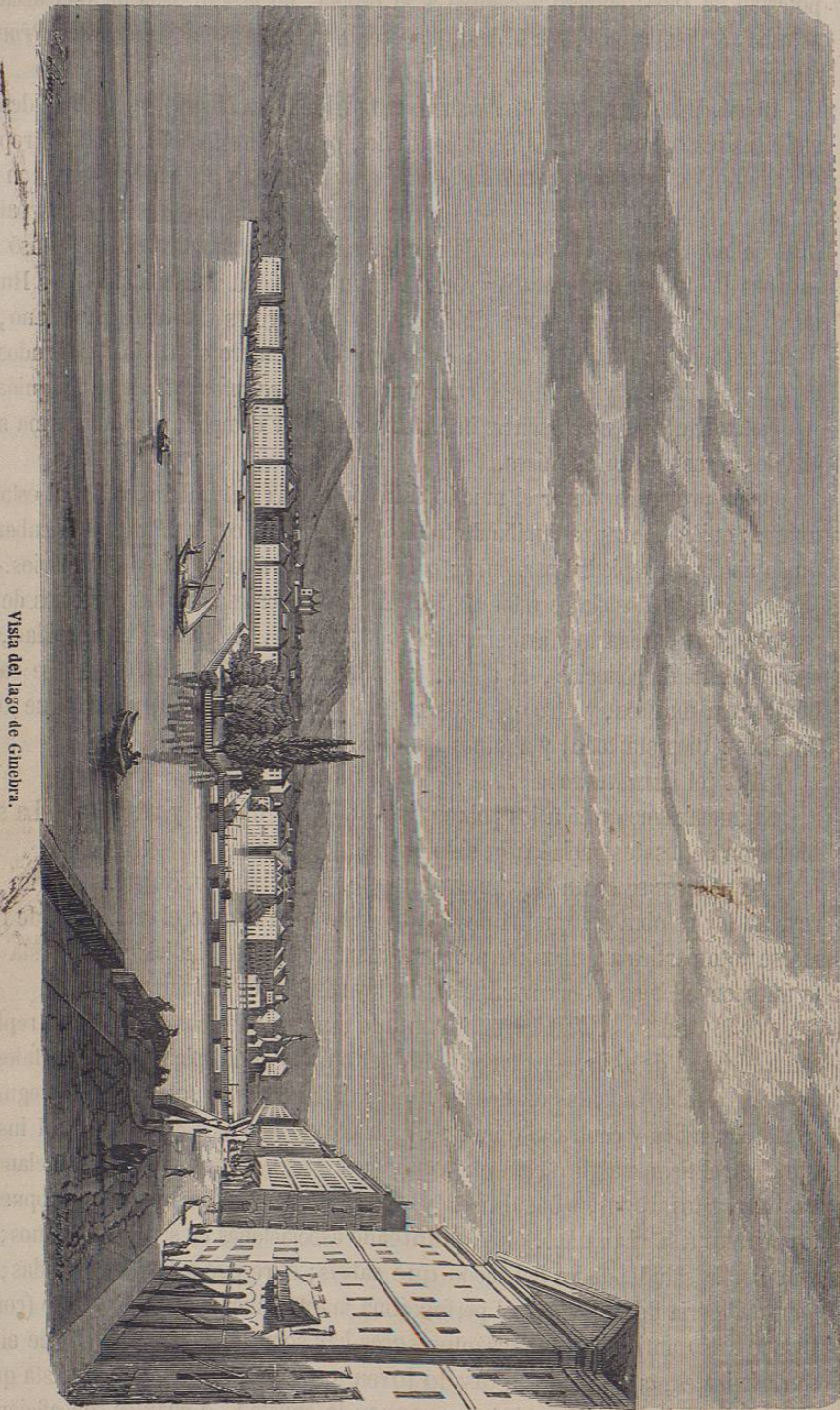
¡Ah! ¡el *humanismo*!

El humanismo quitó á los pobres su caudal de miedos y respetos.—La sulevacion de los desgraciados ha sido la consecuencia.

Los poderes se crean hoy humanamente. El sufragio universal improvisa un rey. La ley es obra del que ha de obedecerla. En adelante el crimen puede llamarse voto particular, filosofía propia, insurreccion del individuo, protesta de la autonomia. Y en último resultado, la ley residirá en la fuerza.

Por lo demás, el *hombre* ha inventado muy grandes cosas desde que representa el papel de *Dios*.—El ha poblado el mundo de hospicios, de hospitales y de otros establecimientos de beneficencia; él ha fundado sociedades de seguros contra incendios y contra la quinta; él ha creado las cajas de ahorros; él instituirá con el tiempo alguna cosa que asegure á sus semejantes contra la melancolia, contra los disgustos domésticos y contra el dolor de muelas; él ha propuesto los premios á la virtud!!!... él ha planteado asociaciones de socorros mútuos; él vela por la salud pública del modo que sabeis; él recoge á las arrepentidas; él fomenta la cria de las ostras; él perfecciona la estadística universal, y sabe (como Dios lo sabia antiguamente), cuántos seres hay sobre la tierra, cuántos de ellos son criminales, cuántos se han casado jóvenes, cuántos enviudaron, y hasta quizás cuántos están tristes, cuántos creen en la amistad, ó cuántos son aficionados á la música...

¡Oh!.. sí: desde que el hombre tomó la administracion de sus intereses; des-



Vista del lago de Ginebra.

de que dejó de esperararlo todo de la gracia de Dios; desde que vive por su cuenta, la sociedad se halla mucho mejor organizada, todo marcha perfectísimamen

te, y la humanidad es tan feliz que da gloria pensar en ello.—¿Qué? ¿Lo ignorábais? ¿No habeis reparado en el sello de paz y de alegría que resplandece en la frente de la juventud de hoy? ¿No llevais tambien la estadística de los suicidas?



Valle de Chamounix.

¿No sabeis leer en los corazones? ¿No os edifica ver tanta fe en los espíritus, tanta esperanza, tanta ilusion, tanta poesia, tanto desinterés, tanto heroismo?—

¡Ah! ¡Desventurados!—¡Desventurados de vosotros si no se os alcanza la razon de mi amarga ironía!—¡Desventurados de vosotros si no vivis la vida del espíritu, y si creeis que todo está hecho, desde el momento que se aumentan las

comodidades corporales! ¡Desventurados de vosotros si no teneis alma para sentir el frio de muerte que reina en nuestra flamante sociedad, y muy mas desventurados si la teneis!...

Pero ¿cómo no habeis de tenerla? ¿Cómo es posible que el hombre viva solo de bienes materiales? ¿Cómo ha de ser que limite su esperanza al breve espacio de su existencia terrena? ¿Cómo no han de preocuparle los grandes misterios del nacimiento y de la muerte? ¿Cómo no han de holgar en él, aunque nade en los placeres y en las riquezas, una inmensa capacidad de mejores goces, un infinito deseo de ciencia, una inestinguible sed de justicia, y una aspiracion sin limites á perdurables hermosuras?

—¡Y bien! me replicareis. ¿Qué quieres tú? ¿Qué nos das? ¿Qué nos exigés? ¿Cuál es tu creencia? ¿Cuál es tu filosofía? ¿Qué nos aconsejas? ¿Hemos de renegar de la civilizacion? ¿Hemos de abominar de las fuerzas creadoras del entendimiento humano? ¿Hemos de anular nuestra razon? ¿Hemos de volver al absolutismo? ¿Quieres restablecer las antiguas autoridades? ¿Quieres que abduquemos nuestra inteligencia, nuestra libertad, nuestros derechos en manos de falaces augures, de crueles tiranos, de supersticiosas invenciones? ¿Nos hemos de arrojar de cabeza en las hogueras del Santo Oficio?

¡Oh! no. Yo no os aconsejaria nada de eso, ni ya es tiempo de aconsejar nada. Yo lamento la enfermedad, pero no conozco la medicina. Yo sé por qué despeñadero hemos bajado á este abismo; pero no sé la manera de salir de él. Yo niego con todas las fuerzas de mi alma las ventajas de la llamada civilizacion; pero no se me ocurre nada con qué sustituirla. Yo os anuncio á gritos que vamos por un camino de perdicion; pero sé que no podemos detenernos. Yo os he dicho que las abominaciones de lo pasado no eran tan desconsoladoras ni tan terribles como los bienes conquistados por la revolucion; pero aunque se pudiera, ¡yo no quisiera que volviéseis á lo pasado!—No hay esperanza, os digo con las lágrimas en los ojos.—«No tenemos padre,» os repito con los niños del poema de Juan Pablo.

¡Oh!... En España no siente todavía el espíritu la dolorosa angustia que experimenta en París, y el parisiense mismo no se da ya completa cuenta de su miserable estado.—Es menester ir de nuestra tierra, donde el alma no ha perdido aun todos sus dominios, para poder apreciar el gran vacío que la civilizacion ha hecho en la existencia humana.

Mi alma, en la atmósfera moral de París, se asfixiaba como se asfixia un pájaro en la máquina pneumática. El aire de la vida terrena no es bastante en cantidad ni tiene la necesaria pureza para que el espíritu pueda respirar en él. El espíritu inmortal del hombre necesita mas espacio y mas tiempo que nuestro planeta de nueve mil leguas de circunferencia y que nuestra vida de tan corta duracion, si ha de satisfacer sus necesidades, si ha de calmar sus inquietudes, si ha de cumplir sus destinos misteriosos.

En cuanto á mi, yo encontraré siempre un consuelo y una esperanza dentro de la estrecha cárcel en que me ha encerrado mi desventura, ó sea la desventura de mi tiempo.

Y este consuelo y esta esperanza provienen de una revelacion interior que me dice á todas horas con elocuentes voces:—«Yo, que soy tu alma, te prevengo que hay en mi naturaleza una facultad superior á la razon, y que esta facultad es un inefable sentimiento, cuyo idioma no acierto á traducir; pero que indudablemente sabe secretos importantes.—Confiemos en que lo que ese sentimiento dice y nosotros no entendemos, lo averiguaremos despues de la muerte.»

Y aquí termina mi cuadro de la vida de París.